

Esa lágrima á brotar.
Lola. Y bien, Eulalia, sí, lloro,
 Y es de desesperación,
 De ver que perdí el tesoro
 De la paz del corazón.
 De ver que ilusa y ciega
 El corazón ofrecí,
 Y ni á comprenderse llega
 Todo el fuego que hay aquí.
 Toda la santa ternura
 Que de mi seno brotó,
 Y la cruel amargura
 Que en recompensa se halló.
 Eulalia, Eulalia, sí, es cierto;
 Yo le idolatraba á él. -----
 Para mí, Ricardo ha muerto
 Y aun vierto llanto de hiel.

Eul. Entonces ¿si aún le amas
 Por qué tu fé se eclipsó?
 ¿Por qué si en fuego te inflamas
 Tu corazón ya murió?

Lola. ¡Oh! prima, jamás pretendas
 Tal misterio comprender,
 Si ves aún las ofrendas,
 El ídolo no has de ver.

Lola. ¿Pues no te ama mi hermano?

Lola. Si, cierta estoy de su amor,
 Pero jura que es en vano
 Para los dos ese ardor,
 Y tú, que me ves llorando
 Solo á su recuerdo así,
 Me verías huir volando
 Si le viera junto á mí.
 Y aunque por él no me arredra
 Dar mi vida y salvación;
 A sus ojos ya de piedra
 Hallará mi corazón.

ESCENA VI.

*Chicas y D. GUILLERMO contentísimo estre-
 gándose las manos.*

Chicas. ¡Albricias, niñas! ¡albricias!
 ¿Que nos salvamos á fé!
 ¿Por qué tanto gozo?

Chicas!
 Que ya se mueve el francés
 Un espreso que ha flegado,
 Que nos manda, ya se vé,
 Nuestro héroe, el presidente
 Don Juan Almonte.

Eul. Sí, ¿y qué?

Gui. ¿Cómo qué? Para mañana
Aquí le tendremos á él.
Y habrá música, coronas,
Arcos triunfales: y á fé
Que eso y mucho mas merece
El ejército francés.
Que tan francote y leal,
Y sin ningun interes,
Para darnos garantías
Nos viene en paz á poner.
Almonte así nos lo escribe:
¿Cómo verdad no ha de ser?

Eul. Sí, seguro. ¿Y para sí
Nada pide su merced?

Gui. ¡Oh! su modestia es inmensa,
¿Pues podrán ustedes creer
Que en todas sus instrucciones
Ni una palabra habla de él?
Un gran, muy grande entusiasmo
Nos manda, hijas mias, hacer,
¿Y qué previcion! nos dice
Que hagamos al mundo ver,
Que con los brazos tendidos
Esperamos al francés.
Y que todo esto espontáneo...

¿Veis? nada pide para él.
Nos encarga las coronas
Y arcos para Lorences
Y que en medio de la bulla
Y alborotado tropel,
El salvador plan de Córdoba
Proclamemos de una vez.
Y como cierto, asegura
El que mañana tambien
De la reaccion al ejército.
Entrar aquí hemos de ver
Porque es cosa convenida
Ya, que se han de poner
A las inmediatas órdenes
Del general Lorences.
¡Oh, dia de gozo y de dicha
El de mañana va á ser!
Memorable fecha el cinco
De Mayo hemos de tener!
Y tú, ¿qué me dices Lola?
Lola. ¿Qué puedo decir á Usted,
Tio, en esos asuntos
Siendo como soy muger?
Eul. ¡Oh! ¿qué torpe! Vamos pronto
Que no hay tiempo que perder...
Vamos con mucho sigilo,

Unas coronas á hacer.
Lola. Si Usted cree que eso es honroso
 ¿A qué el ocultarnos es?
 ¿O Usted se avergonzaria
 De que lo viera tal vez,
 Toda la nacion haciendo
 Coronas para el francés?
Gui. No, pero yo... mira siempre
 El secreto es menester,
 Porque de otro modo... en fin...
 No es vergüenza, sino que...
 Vámonos mejor adentro
 Y haremos entre los tres...
 ¡Chist! ¡silencio! alguien se acerca
 ¡Qué miro, Ricardo! ¿él es!

ESCENA VII.

Dichos, RICARDO. *Lola al verlo, se aparta con violencia.*

Lola. ¡Ah!!

Ric. ¿Conque los vuelvo á ver?

¡Lola! ¡hermana! ¡padre mio!

Gui. ¡Ricardo! Yo desvario.

¿Pero qué vienes á hacer?

¿Cómo te atreves así
 En medio del enemigo?
 ¡Ay! ¿qué no hicieran contigo
 Si te encontraran aquí?
Ric. Por todo yo atropelé
 Porque me importaba entrar.
 (Con intencion viendo á Lola.)
 No creí venir á hallar
 Lo que ahora me encontré.
Gui. Si, ya te entiendo, traerás
 A Puebla una comision.
 ¡Hoy es dia de bendicion!
Ric. ¡Padre!
Gui. Pero triste estás.
 Por acá estamos muy bien,
 No te dé, mi hijo, cuidado.
 Mas dime, ¿dónde has dejado
 A nuestros leales? que estén
 Muy cerca es ya regular
 Pues mañana bien sé yo
 Que Lorences les mandó
 Lleguen hasta este lugar.
Ric. ¡Padre mio, perdone Usted!
 Pero ¡estoy tan fatigado!
 (¡Oh, ni verme se ha dignado!)
 Ya despues yo le diré. (Lola.)

Gui. Comprendo, quieres callar
Tú, porque solos no estamos.
Ven, Ricardo, adentro vamos
Y allá me podrás hablar.
Ven, vamos. (Yéndose con él.)

Ric. (A Eul. al pasar.) ¿Qué noto aquí?

Eul. Hermano mio, no lo sé.

Ric. ¿Ese despego por qué
Muestra Lola para mí?

Eul. No he podido comprender. . . .

Ric. Yo que anhelante venia. . . .

Gui. Ven, Ricardo. (Desde la puerta.)

Ric. Hermana mia,
¿Qué me dices?

Eul. ¿Que es muger!

ESCENA VIII.

EULALIA, LOLA.

Eul. Bien has cumplido, Lola, tu promesa.

¿Cuánto has hecho á mi hermano padecer!

Lola. Sí, yo la cumpla Eulalia aunque me pesa.

Mas obedezco solo á mi deber.

Te dije que si á ese hombre yo mirara

Tender sus brazos con afán á mí,

Aunque á mi la existencia me costara,
Debia yo verlo, como ya le vi.

Eul. ¿Oh! no es posible, te hablo como her-

te hablo con derechos de muger, (mana,
Por qué esa alma que sufre, tú inhumana,

¿Trizas te empeñas con tu planta hacer?

¿Qué justicia hay para el que á tí llegara
De esperanzas sonriéndote y ardor,

Que desdeñ tan insultante hallara,
Y esa frialdad para su inmenso amor?

Lola. ¿Oh! nunca, nunca la razon compren-

di la trates jamas de comprender, (das
Si, prima mia, que nunca tú te ofendas

Porque callo: tú ves mi padecer.
Y bien: jamas perdonaria á mi labio

Si rompiera el silencio que guardó.
Oh! si yo hablara, entónces un agravio

hizo á tí que te amo, hiciera yo.

ESCENA IX.

EULALIA, LOLA Y RICARDO.

Tienes por fin ante tí

Al que su vida te dió,

Y ni un momento dejó

Tu imagen salir de aquí.

¿Por qué, mi Lola al volver,

Amándote como nunca,

Tu fría indiferencia trunca

De nuestro amor todo el ser.

¿Qué, ya no mereceré

Ni que me escuches?

Lola. (queriendo deshacerse de los dos que la detienen.) ¡Por Dios!

Dejadme salir los dos

Porque yo nada diré.

Ric. No sé qué pasa por mí. . . .

¿Por qué esa cruel resistencia?

Lola. Pregúntale á tu conciencia,

¡Dolores no es para tí!

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

LOS GUARDIAS NACIONALES.

La misma decoracion que el anterior.

ESCENA PRIMERA.

RICARDO Y PLATON.

Ric. ¿La viste?

Pla.

Señor la vi,

Y apenas comencé á hablar

Airada impuso silencio,

Y no pude continuar.

Ric. ¡Oh cruel desesperacion!

¿No querirme ni escuchar!

¿Huir como de un leproso!

Pla. Yo señor hice lo mas:

Pero nada.

Ric. ¿Qué me resta?

Ni la mas leve señal. . . .

¿Y no comprender la causa